

## Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica

Tulio Halperin

Rastrear la trayectoria de los intelectuales hispanoamericanos en las dos últimas centurias, y hacerlo a través de algunas autobiografías parece una doblemente excesiva audacia. Aquí no se tratará de levantar esa razonable objeción, sino de razonar los límites de la empresa, que la harán quizá menos temeraria.

En primer lugar, los intelectuales ¿Qué son los intelectuales? La respuesta no es fácil, y no por falta de exploraciones que concluyan en propuestas bien definidas; es la variedad misma de éstas la que crea más bien la dificultad.

Dificultad tanto más grave porque el término es relativamente reciente, y —cuando lo usamos para un pasado más remoto— de la definición que aceptemos para el término dependen no sólo las notas distintivas que han de caracterizar al grupo ubicado bajo esa denominación, sino quiénes habremos de incluir en él.

Es posible, sin embargo, reconocer en las definiciones propuestas notas comunes que permiten ser referidas a un número más reducido de alternativas. Podemos por una parte reconocer en los intelectuales a un grupo social, o preferir definirlos a partir de su relación con el mundo de las ideas y la cultura.

En forma nada sorprendente, la primera opción va a polifurcarse a su vez en un abanico particularmente rico de posibilidades alternativas. Éstas pueden agruparse de nuevo, sin embargo, en dos familias. Hay todo un conjunto de interpretaciones que ven a los intelectuales como un grupo ocupacional que crece en número y complejidad al compás de la creciente división del trabajo social: así es como se los ve hoy en la URSS; este punto de vista tiene sus orígenes históricos en la Rusia prerrevolucionaria, pero debe su vigencia actual a la autoimagen de la sociedad soviética como libre de contradicciones entre los distintos grupos participantes en el proceso productivo: los intelectuales se integran entonces con la sociedad en

su conjunto, antes que con un grupo dentro de éste. Así se define como intelectuales a quienes participan en un conjunto de actividades no manuales, desde las académicas hasta la teneduría de libros (pero no al aparecer la dactilografía), que requieren en general escolaridad terciaria.

Una construcción análoga en sus fundamentos, pero más restrictiva en cuanto a los admitidos bajo el rótulo de intelectuales, alcanzó efímera boga en los Estados Unidos en la etapa en que se gustaba de proclamar “el fin de las ideologías”; para Talcott Parsons o Edward Shils el intelectual se identifica casi sin residuos con ciertas categorías ocupacionales que cumplen una función social precisa, que —como todas las demás— contribuye a la perpetuación, a través de sucesivas adaptaciones a las cambiantes circunstancias, de la sociedad que integran.

Para quienes prefieren ver en las divisiones de la sociedad algo más que la consecuencia de una creciente especialización de funciones el problema reconocido como central es el del nexo entre los intelectuales y los distintos grupos que —diferenciados a partir de su específico modo de inserción en el proceso productivo— tienen vocación (no siempre históricamente realizada) de constituirse en protagonistas de proyectos históricos entre sí incompatibles. Entre quienes parten de esa visión radicalmente diferente de la sociedad se considerará aquí —y es de temer que demasiado brevemente —a Gramsci.<sup>1</sup> Si también para él los intelectuales surgen como grupo separado por especialización de funciones, ella se da en el ámbito de la clase: los ‘intelectuales orgánicos’ que toda nueva clase crea al crearse a sí misma son en la mayor parte de los casos ‘especializaciones’ de aspectos parciales de la actividad primitiva del tipo social nuevo que la nueva clase ha sacado a la luz”.

Así caracterizados, los intelectuales incluyen desde técnicos que sistematizan y perfeccionan los métodos productivos, hasta organizadores que toman a su cargo el encuadramiento económicamente eficaz de la fuerza de trabajo, hasta el vasto grupo que —asumiendo tareas entre sí muy distintas— asegura la organización del estado en sentido más amplio. Es este último grupo el que interesa sobre todo a Gramsci; si la noción explícita de intelectual por él adoptada es la que se ha citado ya, la operacional en sus escritos es más bien otra que identifica a los intelectuales como el personal de la superestructura política en sentido amplio (tan amplio que le permite incluir entre ellos a los periodistas pero también a los guardacárceles).

Sus intelectuales están entonces muy cerca de lo que Gaetano Mosca había llamado clase política; es en rigor un examen de ésta, centrado en su función superestructural, el que le interesa sobre todo. Hasta qué punto ello es así lo muestra con particular claridad su examen de los *Junkers* como “intelectuales tradicionales” del Segundo Reich. Aunque percibe muy bien cómo la posesión de fuentes de recursos que no dependen

<sup>1</sup> Antonio Gramsci, *Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura*, Torino, 1949, esp. pp. 3-19.

de su función intelectual, los constituye en ejemplo en extremo atípicos, se rehusa a explorar los modos en que esas fuentes de recursos los impulsan a adoptar como grupo posiciones que no derivan de su condición de intelectuales; poco tiene que ver con ésta la defensa del proteccionismo agrario y la de la frontera abierta a la inmigración de braceros polacos, contra la cual protestaba en vano el alarmado patriotismo de Max Weber; Gramsci se esfuerza en suma por dejar de lado algo que desde luego no ignora: que esos casi sacerdotales servidores de la superestructura son a la vez en Alemania el núcleo del "bloque agrario".

Se entiende muy bien por qué Gramsci prefirió no extender sus exploraciones en esa dirección. Seguir la hubiera significado abandonar la problemática específica de la posición del intelectual, que le interesaba sobre todo dilucidar. Para hacerlo, debía haberla vinculado con otros aspectos de la realidad social, pero no podría partir a una infinita exploración de todos los nexos que ésta ofrece, y un esfuerzo de disciplina intelectual le permite concentrarse en los que le parecen más significativos.

Cuáles son éstos, está anticipado en la oposición, por él establecida, entre "intelectual tradicional" e "intelectual orgánico". Ya Marx había observado al pasar que en Inglaterra la casta gobernante era muy distinta de la clase dominante; contemporáneamente con Gramsci, J. A. Schumpeter iba a ofrecer una conclusión más general a partir del ejemplo inglés (y del austríaco, que le tocaba más de cerca) para mostrar como válida para toda Europa —excepto Francia— la metamorfosis de los herederos del pasado feudal en los gerentes políticos, militares y a veces administrativos del nuevo orden capitalista. Gramsci, por su parte, percibe la significación de ese desfase tanto cuando se vuelve hacia el pasado como cuando mira al futuro, la integración de "intelectuales tradicionales" y "orgánicos", nunca completada en el proceso de transición al capitalismo, volverá a plantear problemas tan complejos como urgentes en la transición al socialismo.

He aquí cómo, por decisión de Gramsci, el tema de los intelectuales nos lleva al de la superestructura y éste al de la transición. Se ha insinuado ya que deslizamientos como éste son típicos de las indagaciones sobre la índole de ese grupo que llamamos los intelectuales: apenas se busca una definición que vaya más allá de agrupar bajo un rubro común a ciertas categorías censales, los problemas que esa definición plantea se enlazan con otros que terminan por invadir en orden disperso áreas cada vez más remotas de la realidad social.

Esa tendencia centrífuga se hace aún más extrema en los exámenes del intelectual a partir de su relación con el mundo de las ideas. Ahora la vinculación entre intelectual y sociedad no se afloja, pero adquiere una dimensión normativa; así, en su *Wissenschaft als Beruf*, Max Weber ofrece a la vez una somera —y penetrante— sociología del hombre de ciencia (y en particular de las ciencias sociales) como profesional y un examen de los deberes de éste desde una perspectiva ética, de acuerdo, por otra parte,

con la doble vertiente del vocablo alemán, que designa a la vez profesión y vocación.

Pero la dimensión normativa agregada a la problemática del intelectual tiene una vertiente a la postre más importante que la ética. Puesto que el intelectual elabora ideas y conocimientos (sobre todo acerca de la sociedad) el problema de las condiciones de posibilidad de un conocimiento válido en esa esfera, pasa a agregarse a los que la noción de intelectual evoca de inmediato. Esa dimensión del problema estaba ya muy presente en Weber, e iba a gravitar luego con intensidad creciente. Tanto la noción —sostenida por ciertos marxistas— de que el intelectual debe ante todo tomar conciencia del vínculo entre ciertas posiciones teóricas y la identificación con ciertas clases sociales, y hacer de ésta la constante piedra de toque de la validez de sus conclusiones; hasta la opuesta, que postula al “*frei-schwebende*”, “free-floating” intelectual como único sujeto capaz de eludir las alternativas de ideología y utopía tienen en común su integración de análisis sociales, esbozos de morales para intelectuales y criterios epistemológicos.

Tales exámenes desembocan a menudo en una oposición escrita entre dos modelos de intelectuales, entre los cuales se da por añadidura una extrema polarización valorativa. Esto es consecuencia, sin duda, de la antes señalada dimensión normativa, conjugada con el hecho de experiencia de que no todos los intelectuales ajustan su desempeño a normas en torno a cuya validez por otra parte la unanimidad está lejos de haberse alcanzado.

Para el historiador descubrir que de las ciencias sociales le llegan más a menudo planteos sugestivos que criterios orientadores no suele ser una peripecia que lo suma en la desolación: identificado con una vieja disciplina acosada por rivales demasiado jóvenes y ambiciosos, no podía ver cómo esas ambiciones son seguidas de desengaños. En este caso su función puede ser sin embargo más útil que la de poner objeciones a una marcha de pensamientos que comienza como descriptiva y analítica, en el camino adopta criterios normativos, y concluye fulminando con excomunión mayor a esos aspectos de la realidad que había prometido explicar y que no se mantienen fieles en su desempeño a un cierto código de normas. Si ese deslizamiento es tan frecuente y tan poco objetado, algo hay sin duda en el tema mismo que impulsa a tomar ese discutible camino. En primer lugar la misma variedad proteica, la misma ambigüedad ineliminable de la figura social del intelectual, que invita a acotar dentro de ese vasto grupo otro más homogéneo y por eso menos capaz de eludir el esfuerzo por definirlo con alguna precisión.

Pero hay todavía algo más. Los intelectuales forman parte de esa vasta y abigarrada familia de grupos sociales que se caracterizan por una función “representativa”; no vinculada directamente al proceso productivo, actuarían en otras esferas de actividad como “representantes” de grupos por su parte definidos por su específica vinculación con ese proceso. El tema de la representatividad es, como se sabe, uno de los que los estudiosos de la sociedad hallan más problemático, pero antes de aparecer problemá-

tico al estudioso, lo es ya para quienes participan en esa relación compleja que solemos ubicar bajo el rubro quizá demasiado simple de "representación".

La ubicación en la escala de jerarquías sociales de estos representantes está marcada, para ellos y sus representados, de una imprecisión constante. La pertenencia de origen no sirve para eliminarla; aun quien asume una función representativa del grupo al que pertenece por eso mismo termina por transformarse en figura excepcional dentro de ese grupo, y esa excepcionalidad no es necesariamente computada en su favor por quienes originariamente fueron sus pares; la excepcionalidad, a la vez de función y de origen, de quien se asigna el papel de representante de un grupo al que no pertenece, agrava todavía esa ambivalencia. Los intelectuales pertenecen entonces a ese conjunto de figuras definidas por su función representativa, que Max Weber caracterizaba como integrantes de una *paria Kaste*, como *déclassés*, y a él puede aplicarse lo que Weber señalaba acerca de los periodistas: "el periodista comparte con todos los demagogos [en el sentido etimológico y weberiano del término], y por otra parte —por lo menos en el continente, en oposición a lo que ocurre en Inglaterra y ocurría antes en Prusia— también con el abogado (y el artista) el sino de escapar a una definición social precisa. Perteneció a una suerte de casta de parias que es apreciada en la sociedad a partir de sus representantes más degradados moralmente".<sup>2</sup> Pero la disonancia entre intelectual y sociedad es particularmente grave, porque —a diferencia del periodista o el abogado que sacrifica la reputación al éxito— tiende a computar sistemáticamente esa vaguedad en su ubicación social a su favor: el lugar que a su juicio la sociedad le debe, tiende a distanciarse diametralmente del que ésta le reconoce.

Se comprende cómo ha sido posible elaborar enteras interpretaciones acerca del carácter problemático y a menudo conflictivo de la relación entre intelectual y sociedad a partir de la inserción ambigua y conflictiva del intelectual en la estructura social. La tentación de adoptar este camino es tanto más fuerte para aquéllos que buscan recusar legitimidad a la dimensión crítica tan a menudo presente en la respuesta de los intelectuales a la sociedad a la que pertenecen. Simone de Beauvoir denunciaba con razón el reduccionismo del pensamiento político de la derecha, que explicaba sus posiciones de izquierda como fruto de la envidia frente a la elegancia —para ella inalcanzable— de la duquesa de Windsor, y no hay motivo para dudar de su sinceridad cuando asegura que los onerosos triunfos de esa irrisoria reina de la moda nunca turbaron su serenidad. Pero la operación de reducción y desenmascaramiento no es menos problemática cuando respeta mejor los hechos. Para Taine, Mme. Rolanda descubrió su vocación revolucionaria luego de sufrir el *desaire* de una dama de la nobleza, en un teatro de Burdeos: si el episodio es cierto, la conclu-

<sup>2</sup> Max Weber, *Politik als Beruf*, en *Gesammelte Politische Schriften*, 3a. ed., Tübingen, 1971, p. 525.

sion que reduce a la abanderada de una nueva libertad a despechada escaladora de la pirámide social no es por ello necesariamente válida.

Los problemas implícitos en este reduccionismo se hacen particularmente evidentes en aquellas corrientes marxistas que tienden a identificar la posición de los intelectuales frente a la sociedad con la del grupo social del que son oriundos. Es sabido que ella suele ser el punto de partida para una imputación de actitudes pequeñoburguesas a aquellos intelectuales cuyo desempeño aparece como objetable. Punto de partida —demasiado a menudo— para un razonamiento circular: el origen pequeñoburgués, utilizado para explicar actitudes que llevan la impronta de la pequeña burguesía, es postulado a partir de esas actitudes mismas; por debajo de la definición social del pequeño-burgués se adivina otra simétrica de la que Flaubert proponía para el burgués; si éste es “celui qui pense bassement”, su deplorable pariente pobre se reconoce en cambio por su constante —y hueca— elevación de pensamientos; aun así, la pequeña burguesía, como la burguesía, parece ser ante todo un estado de espíritu.

Sin duda esa línea de análisis y crítica, pese a que demasiado a menudo su enraizamiento en un examen del origen social del intelectual sea una promesa destinada a no cumplirse, no deja de contener un motivo rico en sugerencias; existe sin duda una analogía entre las actitudes que sus críticos suelen reprochar a ciertos intelectuales y las que el análisis marxista ha venido asignando a la pequeña burguesía y sus voceros. Estos últimos no alcanzan nunca una imagen real del funcionamiento de la sociedad y sobre todo del modo en que la pequeña burguesía se inserta dentro de ella, y esto se vincula a que el papel social de esa pequeña burguesía es a la vez impreciso y marginal. A partir de esa marginalidad se edifican ideologías que la compensan colocando a quien se identifica con ese grupo marginal y habla en su nombre en el papel de legislador y guía de la sociedad entera. No examinemos aquí hasta qué punto esta interpretación aparece bien fundada; a veces parece que la pequeña burguesía debe su heterogeneidad a su condición de categoría residual a la que se arrojan grupos sociales y tendencias sociopolíticas que resisten con insolente tenacidad tanto los esfuerzos analíticos como la hegemonía política del marxismo y de los movimientos en él inspirados. Pero, acertada o no en su propio terreno, esa caracterización de las actitudes vinculadas con la pequeña burguesía ofrece —ya que no una válida explicación por su origen social— una descripción analógica particularmente certera de los dilemas básicos que afronta el intelectual frente a la sociedad de que es parte.

He aquí cómo, entonces, el esfuerzo por explicar el elemento conflictivo en la relación entre intelectual y sociedad a partir del origen social de los intelectuales se resuelve bien en una deformación caricaturesca de las motivaciones de esos intelectuales, bien en una marcha explicativa que a través de un breve desvío exploratorio en el campo de los orígenes sociales de los intelectuales, nos devuelve demasiado rápidamente a las actitudes mismas que se trataba de explicar.

Que un reduccionismo inspirado en la voluntad de allegar armas contra

intelectuales díscolos más que en un deseo sincero de esclarecer un problema no logre en efecto esclarecerlo no tiene nada de sorprendente. De su fracaso pueden extraerse sin embargo dos conclusiones quizá útiles. La primera es que el problema es muy real; la segunda que reducirlo al de la inserción del intelectual en la escala de recursos, poder y prestigio de la sociedad en que se integra es ofrecer sólo una proyección unidimensional de una problemática que excede en buena parte a ese plano preciso. Cabe, por último, subrayar que éstos análisis de la posición del intelectual se centran en el intelectual crítico, y parecen sugerir que es sólo éste el que alcanza una inserción ambigua y problemática en la sociedad.

Es este último supuesto el que quizás tanto como el ya denunciado reduccionismo— condena a estos análisis de la índole y función del intelectual a una relativa esterilidad. Cuando el intelectual asume una función crítica las tensiones implícitas en su modo de inserción en la sociedad se expresan en abiertos conflictos; no se sigue necesariamente de allí que esas tensiones sólo surjan cuando alcanzan esa expresión clamorosa.

Elas están por el contrario presentes también en el intelectual que se propone como ideólogo del orden establecido. También éste, en efecto, se coloca fuera y por encima de la sociedad, a la que ofrece un sostén derivado de la autoridad que deriva de su condición de intelectual, no de su lugar de origen en esa sociedad. También el intelectual de orden, entonces, postula, al lado de la jerarquía de la sociedad en que vive, otra jerarquía fantasmal en la que ocupa lugar eminente, y en nombre de éste se arroja la autoridad que pone al servicio del orden vigente.

El intelectual parece entonces como el soberano de un reino que no es de este mundo, y que puede establecer con el orden sociopolítico relaciones de signo muy variado; en el siglo XIX podríamos ubicar en un extremo de la escala a Víctor Hugo, soberano en el destierro cuyo orgulloso apartamento en su roca de Guernesey está destinado a privar al Segundo Imperio de esa legitimidad que otros soberanos de reinos menos etéreos se han apresurado a reconocerle; en el otro a Goethe, cuya entrevista con Napoleón es también un encuentro entre soberanos, y supone un mutuo reconocimiento de legitimidad.

Es esa postulación de un orden jerárquico paralelo al político social la que caracteriza entonces al intelectual en su relación con este último. Esa postulación esconde a menudo otra aún más extrema: para el intelectual, la jerarquía que él domina como tal tiene primacía sobre la político-social; en efecto ésta deriva su legitimidad de la conclusión que el intelectual ofrece para sostenerla, y la invocación de una autoridad distinta y más alta que la de la sociedad se da tanto en Joseph de Maistre como en Rousseau. En este sentido puede decirse que la función del intelectual es siempre crítica, aunque esa crítica tenga la variedad de usos de la espada de guardia nacional recibida por Monsieur Prudhomme, "para defender a la República y si viene al caso para derribarla."

Los intelectuales aparecen en este aspecto como los herederos, en un mundo secularizado, del poder espiritual, y los avances de este nuevo

tipo social son entre otras cosas un aspecto de los de esa secularización. Se entiende muy bien por qué sus relaciones con los poderes de este mundo tienden a repetir la ambivalencia que caracterizó a las de ese poder espiritual al que continúan. Hay sin embargo una diferencia importante: mientras aquél aparecía institucionalizado, y debido a ello, contaba —a la vez que con esa fuente eminente de legitimidad ubicada por encima del plano en que se mueven las potencias terrenales con sus propias fortalezas en ese plano mismo, los intelectuales ejercen su poder espiritual en orden disperso y sin una base institucional que puedan considerar propia.

Ello tiene dos consecuencias importantes. La más obvia es que la pretensión de soberanía independiente implícita en la actitud de intelectual frente al universo político-social es necesariamente más frágil, los episodios de disidencia victoriosa menos frecuentes y, cuando se dan, radicalmente menos satisfactorios, ya que los intelectuales pueden socavar una dada situación pero no podrían, sin abandonar su función de tales, mantenerse a la cabeza de la que surge en parte gracias a su acción. Hay otra menos obvia pero no menos significativa: si bien la autoimagen del intelectual como definidor y vocero de un orden independiente y más alto que el meramente vigente en la esfera político-social lo transforma en un participante en la lucha por el poder, el hecho de que su acción no tenga a su servicio un aparato institucional digno de ese nombre hace que su acción se vuelque, antes aún que en la esfera político-institucional, en la de la sociedad misma, en la de la opinión, cuya influencia el intelectual debe poner a su servicio para cumplir sus objetivos en esa esfera. De aquí deriva una situación paradójica: el intelectual, que se proclama definidor de un orden que no debe su legitimidad a su mera vigencia, y —por el contrario— es el único que podría conferirla al efectivamente vigente, nunca depende de este último más estrechamente que en el momento en que proclama su independencia.

Sin duda esa doble dependencia —del poder político, de la opinión— le concede posibilidades de autonomía: desde Voltaire hasta Tolstoi no son pocos los que supieron en este contexto ganar influencia vastísima sobre un sistema sociopolítico que nominalmente los relegaba a situación marginal. Pero esa autonomía es muy distinta de la arisca independencia que la autoimagen del intelectual postula, y Voltaire, en cuyos tiempos esa autoimagen no había madurado del todo, gustaba de subrayar maliciosamente qué subterfugios de refinada astucia le habían asegurado su siempre frágil posición de escritor libre en una sociedad que no lo era. Más adelante se hará menos común tanta franqueza, que la posteridad tiende a encontrar excesivamente cínica. Pero cuando Baudelaire escribe, en el tono de la más rendida veneración, a un Víctor Hugo que sigue haciendo pesar desde su roca de Guernesey la excomunión mayor sobre el espurio Segundo Imperio, que debe a sus admiradores continuar en ese combate que quizá encuentre fatigoso y fútil, revela de nuevo hasta qué punto aun el gesto de más radical independencia frente a los poderes del mundo está condi-

cionado por su inserción en un juego de fuerzas que no podrían ser más mundanas. No es sólo, en efecto, la figura política de Víctor Hugo, es aun su condición de príncipe de los poetas, la que le exige una cierta conducta;<sup>3</sup> como frente al poder, frente a la opinión, el intelectual no es nunca de veras el guía cuyas directivas son obedecidas porque él descifra los secretos de un orden más válido que el de la realidad inerte.

La relación entre intelectual y sociedad es entonces necesariamente insatisfactoria; la explicación que limita las causas de insatisfacción a la posible frustración de las ambiciones de ascenso social de los intelectuales se revela en suma demasiado optimista. Se entiende muy bien por qué el examen de esa relación está marcado por una constante perplejidad que conduce a un no menos frecuente mal humor. Mal humor de aquellos intelectuales que se proclaman defensores de la sociedad contra la eterna acción corrosiva de la litigiosa cofradía a la que pertenecen; mal humor de otros intelectuales que proclaman su desencanto frente a una sociedad que no se encolumna disciplinadamente bajo su guía. Ambos se expresan en exámenes de la condición del intelectual que, como los antes evocados, pasan de la descripción a la fijación de normas, y el consiguiente relegamiento a las tinieblas exteriores de quienes no se ajustan a ellas.

Pero junto con esos exámenes se expresan además a menudo en una nostalgia: la de ese poder espiritual de cuya disgregación es heredero el de los intelectuales. Esa nostalgia supone la de muchas otras cosas, y por debajo de todas ellas la de un mundo concorde en torno de creencias comunes expresadas en una ideología común. Desde que los sansimonianos se fijaron por tarea reemplazar al cristianismo, esa nostalgia de un pasado —vivo en la fantasía antes que en la memoria— conserva su imperio sobre intelectuales fatigados de una función crítica que parece incapaz de asegurarles satisfacciones perdurables. Pero es de temer que esa nostalgia se base en parte en un equívoco: para sentirse cómodos en ese universo concorde, los intelectuales deberían dejar de ser lo que son. Herederos frustrados del poder espiritual, es la disgregación de éste la que los ha hecho surgir como un tipo de rasgos definidos, y quizá la tendencia —hasta ayer dominante— a reconocer sus precursores entre los que trajeron la discordia y la disidencia a un mundo demasiado concorde revelaba una mejor comprensión de lo que hace la peculiaridad del intelectual moderno.

Aun para quienes buscan borrar toda arista de controversia de la descripción de esa figura peculiar no pueden en efecto ignorar que ella implica áreas de conflicto. Talcott Parsons, al proponer una definición del intelectual, acumula advertencias sobre la interdependencia que es la contracara de la independencia de sistemas sociales y culturales, cuya básica armonía, siempre quebrada y siempre rehecha, mantiene a la sociedad

<sup>3</sup> El argumento que usaba Baudelaire es que si aceptara hacer uso de la amnistía concedida por Napoleón III, se colocaría en desventaja respecto de Chateaubriand, que se negó a acogerse a la de Napoleón I. El pasaje de carta de Baudelaire en nota de Cl. Pichois al texto de "Le cygne", en Charles Baudelaire, *Oeuvres complètes*, I. París, 1975, p. 1006.

en equilibrio dinámico. Debe admitir sin embargo, que si así están las cosas para un observador externo, para el intelectual, y simétricamente para el "organization executive", ambos plantean una alternativa, y lo que caracteriza al intelectual es que "en su rol principal se espera de él —una expectación en la que él mismo normalmente participa— que ponga consideraciones culturales por encima de las sociales al definir los compromisos en virtud de los cuales su rol y posición primarios son significativos como contribuciones hacia desenlaces juzgados valiosos de su acción", por su parte "quienes tienen responsabilidades hacia la sociedad están dispuestos a sacrificar los intereses culturales a los sociales".<sup>4</sup>

No es sorprendente, entonces, que cada vez que un remedo de poder espiritual parece renacer bajo la forma de un aparato institucional mejor definido que se ofrece para albergar a los intelectuales y organizar su influencia, ese desarrollo sea visto más frecuentemente como una amenaza que como una promesa de solución final al problema del intelectual desarraigado. ¿Y entonces? ¿Cuál es la solución para el problema? Probablemente ninguna: el intelectual es a la vez el supremo legislador que parece contar siempre con un Sinaí a su personal disposición y el ciudadano de las nubes que Aristófanes denunciaba ya en Sócrates, figura irrisoria para la sociedad sobre la que proclama su soberanía eminente, y aun así capaz de influir a veces en esa sociedad de modos que, si lo decepcionan, alarman a quienes se identifican con el orden vigente en ella. Este haz de contradicciones quizá inseparable de la condición del intelectual no ha sido evocado aquí entonces para sugerir de qué modo podrían ellas superarse, sino para explorar de qué modo algunos intelectuales hispano-americanos vivieron con ellas a través del largo, tortuoso proceso en que la figura del intelectual alcanzó a dibujarse con rasgos propios, un proceso que también en la América hispana se abre con la crisis del Antiguo Régimen.

Trataremos de seguir ese proceso a través de algunos textos autobiográficos. El procedimiento se presta también a objeciones muy variadas; entre ellas la más obvia se dirige a las características de la autobiografía como fuente histórica.

La más obvia pero —creo— no la más seria. Sin duda, la autobiografía da de los hechos de la vida del autor una imagen rehecha por la memoria y el olvido (eso aun en los casos en que no interviene una falsificación sistemática); nada de lo que en ella se cuenta puede ser confiadamente aceptado como criterio sin alguna forma de control externo. Pero ocurre que esas autobiografías no nos interesan primordialmente como fuentes seguras de datos biográficos sobre sus autores, sino como testimonios del modo en que esos autores concibieron su inserción específica en las sociedades en las que actuaron, y aun la exactitud histórica de su relato será

<sup>4</sup> Talcott Parsons, "The intellectual: a social role category", en Philip Rieff (ed.) *On intellectuals, theoretical studies, case studies*, New York, Garden City, 1969, pp. 3 y ss.

relevante sobre todo en la medida en que el apartamiento de ella permita detectar con particular claridad el esfuerzo por volcar una experiencia de vida en un cierto molde, adecuarla a un cierto modelo cuyas características se trata de individualizar.

Pero el empleo de las autobiografías como fuente privilegiada suscita otra crítica sin duda más grave. Las que nos han quedado de dos siglos de historia hispanoamericana son sorprendentemente escasas. Centrarse en esa fuente, entonces, supone acotar del grupo de intelectuales hispanoamericanos un grupo mucho más reducido —aquel de los intelectuales que compusieron autobiografías— que no es claro que sea representativo del más amplio. De él lo separa el hecho obvio de que sólo sus miembros sintieron la necesidad de volverse reflexivamente y en público sobre su carrera; no es abusivo concluir que sintieron con mayor hondura los problemas y contradicciones en la situación del intelectual, cuya incidencia se trata precisamente de apreciar a través de los textos que nos han dejado. Que el resultado final tienda a exagerar esa incidencia, desde la perspectiva del intelectual medio, que no se sintió urgido por ella a explorar su propia trayectoria, es una posibilidad que no es fácil de descartar.

Una posibilidad que no ha de alarmarnos demasiado: no se trata en efecto de detectar sentimientos colectivos, sino situaciones objetivas; que algunos hayan preferido reaccionar frente a ellas ignorándolas, que otros más felices hayan alcanzado esa ignorancia sin esfuerzo deliberado, gracias a su nativa falta de perspicacia, no cambia demasiado a esas situaciones. Que la presencia o ausencia de esa perspicacia para entender el contexto sociohistórico en que se desenvuelve una trayectoria vital no sea una sola cosa con la específica vocación de intelectual no es tampoco demasiado sorprendente: el general Iriarte en la Argentina, el general Echenique en el Perú nos han dejado sobre estos problemas autobiográficos cuya riqueza e intuitiva profundidad de análisis no tiene probablemente rivales entre los que debemos a intelectuales hispanoamericanos: ello no nos llevará a preferir esas páginas tan ricas en sugerencias eficaces sobre un tema que no es el nuestro a las a veces menos lúcidas debidas a quienes miraban a esos autores aficionados con la superioridad del profesional.

Entre estos últimos, en ese reducido universo de los intelectuales que nos ofrecieron sus reflexiones autobiográficas, la problemática que aquí nos interesa tampoco domina necesariamente la visión que de su trayectoria propone cada uno de ellos. Es sabido que la autobiografía se diferencia de las meras memorias (en que un escritor cuenta lo que ha visto en el mundo, y el tema es proporcionado sobre todo por éste) en que el asunto es la trayectoria vital y la carrera de quien escribe. Pero de aquí no se concluye que el estímulo que lleva a explorar esa trayectoria vital y esa carrera haya de ser siempre el mismo. Hay, podría decirse, varias tradiciones autobiográficas en las que se refleja esa diversidad de estímulos. Una de origen cristiano, que tiene su antecedente más alto en San Agustín, toma por tema la "historia de su alma"; su gran tema son las vicisitudes en la marcha hacia lo que se espera será su salvación. En el umbral del ciclo.

de la revolución contemporánea, Rousseau se atrevió a ofrecer la que desde el título mismo era una réplica a ese mensaje llegado de la primera edad cristiana; sus *Confesiones* eran también a su modo la historia de un alma, cuyo curso era menos lineal y más atormentado que el de la ofrecida por su gran predecesor.

Y ésta es una dimensión que ha de faltar cada vez menos en las autobiografías que debemos al siglo XIX; con ella se vincula sin duda la incorporación ahora tan frecuente de la infancia al relato autobiográfico; si ella no hace al hombre público, hace al hombre total.

Pero la infancia, en que el hombre llega a ser lo que es, es también la etapa en que se da una primera identificación del sujeto con un mundo histórico-social que le es propio; como comienza a adivinarse, esa incorporación es un aspecto esencial de su hacerse hombre. La evocación de la infancia se acompaña entonces a menudo con notaciones precisas del contexto familiar en que el proceso se da, y esas notaciones —de las que no ha desaparecido siempre la intención de impresionar al lector con un origen inesperadamente eminente— tienen por función principal, sin embargo, esclarecer ese proceso de formación de una personalidad.

Autobiografía íntima y biografía del sujeto como ser social tienden entonces a integrarse íntimamente; la hazaña del siglo XIX fue precisamente integrar esa tradición autobiográfica que es legado cristiano con la autobiografía política (en términos amplios) que, si tiene pocos precedentes en la antigüedad, supone una visión de la vida histórica que proviene de ella.

Esa imbricación de dos tradiciones autobiográficas, hecha posible por una nueva noción de personalidad que le reconoce más explícitamente su dimensión social, supone a su vez la de las motivaciones y estímulos que las habían sostenido. Desgajar de ese complejo haz de estímulos a la reflexión autobiográfica los que aquí nos interesan temáticamente es sin duda legítimo, a condición de no olvidar que en la visión del autor estudiado ellos no tienen lugar separado o necesariamente dominante. En otras palabras, el peligro del cambio escogido consiste menos en postular la presencia, en la experiencia de los intelectuales hispanoamericanos, de un conjunto de problemas y dilemas que derivaban de su condición de intelectuales, que en concluir que esos intelectuales hispanoamericanos vivieron constantemente obsesionados con esos problemas; más de uno por el contrario vino a resolverlos —sin duda insatisfactoriamente, pero ese resultado insatisfactorio era, se ha sugerido ya, quizá inevitable— sin siquiera planteárselo explícitamente.

Esos dilemas, se ha dicho ya quizá demasiadas veces, son un aspecto ineliminable de la condición del intelectual moderno. Pero, si están presentes también en la trayectoria de los intelectuales hispanoamericanos, esa presencia se da de modos que son peculiares al contexto hispanoamericano, y es esta peculiaridad la que justifica un estudio específico dentro de ese ámbito.

Aquí el intelectual nace —en nacimiento doloroso y conflictivo— del

letrado colonial. Esa metamorfosis no la atraviesan tan sólo quienes se sienten apesados en la figura del letrado, encerrada en límites ideológicos y de comportamiento rígidamente definidos; deben afrontarla también quienes ven derrumbarse el contexto histórico que ha sostenido su carrera de letrados, y se adaptan como pueden a uno nuevo, que no siempre entienden del todo.

El drama del que se siente encerrado dentro de límites asfixiantes lo vivió con una intensidad que lo llevó al borde mismo de la locura fray Servando Teresa de Mier. Su tentativa de redefinir, en el marco de un Antiguo Orden cuya crisis percibe muy bien, pero frente a la cual no busca apresurarla sino hacerse inspirador de una compleja regeneración que habrá de salvarlo, abre legítimamente este examen. El fracaso clamoroso de esa tentativa, muerte en verdad antes de nacer, y la incapacidad de fray Servando para reconciliarse con él, dan lugar a textos cuya riqueza se debe a ratos a una extrema, exasperada lucidez, a ratos a los desvaríos de una imaginación obsesiva; bajo uno y otra inspiración, fray Servando registra para nosotros la marcha de un cuarto de siglo de reflexiones sobre la experiencia del letrado disidente en un Antiguo Régimen en agonía.

En el extremo austral del imperio español, el deán Gregorio Funes, del cabildo de la catedral de su nativa Córdoba en el Río de la Plata, negoció cautelosamente su carrera a través de los rápidos que destrozaron la de fray Servando. Su autobiografía no podría ser más pública; es en verdad casi el prospecto de un candidato a posiciones políticas; lo que hace su interés es la continuidad que postula entre el clérigo letrado del Antiguo Orden y el político y publicista de la era republicana. Si esa continuidad aparece tan lineal es sin duda porque el deán ha estilizado su carrera colonial para ajustarla al exigente modelo ideal del precursor de la revolución; por debajo de esa continuidad debida a falsificaciones que en este caso es de temer no fueron del todo inconscientes, hay otra que el deán ni siquiera advierte: está dada por su obstinada ambición de sostener una carrera pública y representativa en un mundo que está cambiando hasta sus raíces, una ambición a la que sacrifica aun su nativa cautela.

Si el deán Funes es un letrado entre dos mundos, su compatriota Manuel Belgrano es ya el intelectual de un mundo nuevo, para cuyo nacimiento ha venido preparándose desde que adquirió conciencia de la hora que le tocaba vivir en la historia del mundo hispánico. Su inconclusa autobiografía refleja el nacimiento de una nueva problemática moral y política, de una concepción también nueva de la relación entre el letrado y la vida cívica. Ese nacimiento anuncia ya el fin del letrado como tipo social por excelencia disponible para quienes tienen vocación de intelectuales, y anticipa la lenta definición de un tipo en muchos aspectos opuesto: el del pensador.

El término no describe demasiado bien el nuevo tipo que pugna por surgir, y los pensadores tuvieron sin duda en el horizonte intelectual hispanoamericano lugar más limitado del que le asignan estudios norteamericanos, fascinados por un tipo de intelectual al que hallan a la vez enigmá-

tico y exótico (aunque no debiera serlo; aquí también Hispanoamérica se muestra quizá más arcaizante que exótica, y esos estudiosos podrían encontrar en su propia tradición, examinando por ejemplo la figura de Emerson, algunas claves para entender a los pensadores que pueblan la historia cultural de Hispanoamérica en la segunda mitad del siglo XIX, y sobreviven de modo más aislado hasta ya entrada nuestra centuria). Aquí nos interesa el pensador como tipo de intelectual cuya definición marca el punto de llegada lógico de un proceso a lo largo del cual se ha acentuado el divorcio entre una élite que, en la tardía etapa colonial, reúne idealmente la superioridad del linaje, el dominio de áreas variadas de la economía y el de las actividades administrativas, ideológicas y culturales, y un sector letrado que ha comenzado por verse a sí mismo como un subgrupo dentro de esa élite, que tiene a su cargo precisamente tutelar y acrecentar los elementos institucionales y culturales del complejo patrimonio acumulado por el clan familiar al que pertenecen. El letrado es entonces, a sus propios ojos, el integrante de un sector surgido por especialización funcional dentro del grupo ubicado en la cima de la sociedad hispanoamericana del Antiguo Régimen; se niega a ver otra singularidad más que esa en su posición dentro de ese grupo eminente: el hecho, reiteradamente comprobado por los estudiosos actuales, de que esa área de especialización atrajo sobre todo a aquellos miembros de las primeras familias que contaban con más reducida base patrimonial propia, y junto con ellos a integrantes de linajes secundarios dentro de la élite colonial, ese hecho que sin duda no podían ignorar, no entraba, sin embargo, en esta halagadora autoimagen del letrado colonial.

No es sorprendente que cuando fray Servando ofrezca una explicación a sus desgracias no la busque en su condición de letrado de mente independiente: su experiencia revela a su juicio las amenazas que pesan sobre la entera nobleza hispanoamericana, oblicuamente atacada por un despotismo regio que para afirmarse no vacila en hacerse subversivo de un orden social jerárquico que es legítimo porque refleja superioridades naturales, heredadas a través del linaje. Auténtico noble cantábrico o descendiente de Cuauhtémoc, fray Servando debe sus sufrimientos a su origen excelso; si no ignora que algo tienen que ver ellos con su propia conducta, que los timoratos juzgan imprudente, eso confirma sin embargo la validez de su explicación por el linaje: su noble franqueza, que tanto daño le ha causado, no es sino otro de los rasgos propios del hombre bien nacido.

Esta línea de argumentación no reaparece por cierto en el deán Funes, que ha adaptado ya su perspectiva al nuevo clima republicano, y se identifica con orgullo con una corriente ideológica precisa, cuyo destino comparte. Pero basta leer su autobiografía para advertir que las nociones que han poblado la obsesiva fantasía del perseguido fray Servando sostienen igualmente la acción más prudente del clérigo cordobés; el precursor y ciudadano, el publicista famoso en ambos mundos, es todavía el que agrega la dimensión del brillo intelectual al patrimonio complejo de un

clan arraigado en la tierra, el comercio y las magistraturas de su comarca nativa.

Nada de eso en Belgrano, pero la metamorfosis conduce aquí a una carrera revolucionaria, subtendida por lealtades ideológicas muy fuertes, en la cual la acción práctica (en la vida política y más aún en la militar) terminan por absorber por entero a quien comenzó por volcar tanto de sus energías en su actividad de publicista.

El nacimiento del nuevo tipo de intelectual, que lo es ya más plenamente de lo que lo había sido el letrado colonial, pues está siendo plasmado en el crisol de una Hispanoamérica que está entrando a su modo en el mundo moderno, se da entonces sólo a mediados del siglo, en el marco del renacimiento liberal que, desde México hasta el Río de la Plata, marca un hito importante en la historia de nuestro siglo XIX.

Hay un texto que marca clamorosamente ese nacimiento, es *Mi defensa*, que el argentino Domingo Faustino Sarmiento publica en su destierro chileno, en 1843. Denunciado como hombre de origen modesto, Sarmiento extrema la acusación y la transforma en reivindicación: no ha nacido en un barrio modesto y de familia oscura, como alegan sus enemigos: su origen es una población marginal y desde los quince años, por deserción de su padre, ha sido jefe de su propia familia: es, en otras palabras, y de acuerdo con la expresión llena de sentido que ha comenzado ya a ganar circulación, un hijo de sus obras. Su deuda con la sociedad es entonces mínima, y frente a ella no se define como el integrante de uno de los subsectores de su élite, sino como una figura solitaria que se coloca a la vanguardia de su avance histórico. El marginal es a la vez el guía (esa posición privilegiada deriva de su acceso también privilegiado al mundo de las ideas) que no debe, como el letrado colonial a su modo originario, integrarse en la sociedad, sino que ésta lo marca como un ser separado de ella.

Esa identificación tajante con un tipo nuevo de intelectual no ha de hacer escuela, sin embargo. Unos años después el mismo Sarmiento iba a dar de nuevo cuenta de sí mismo en *Recuerdos de provincia*, y aquí el hijo de sus obras abre literalmente el volumen con su árbol genealógico: su esfuerzo se define ahora como el de adaptar la tradición de la élite letrada al clima social e ideológico de la era republicana. Pocos entre los que nos han dejado en sus autobiografías la memoria de la generación que dio soporte intelectual al renacimiento liberal alcanzaron a definir los tipos alternativos tan nítidamente como Sarmiento; también para ellos, sin embargo, el letrado y el pensador adánico y prometeico constituyeron los dos polos en la definición de la figura pública que ambicionaban realizar.

Hay otra diferencia entre Sarmiento y los otros autores aquí evocados que explica quizá por qué éstos proponen una imagen menos nítida y más matizada que las dos entre sí contrastantes que debemos al primero. Este escribía al comienzo de su carrera pública: *Mi defensa* es su primera publicación que excede el formato de un artículo de periódico, cuando

publica *Recuerdos de provincia* es reconocido como figura importante, pero se halla aún en precaria posición en su país de destierro: sus escritos autobiográficos explican las primeras etapas de un programa de vida que confía llevar adelante en el futuro. Los otros autores hacen el balance de una trayectoria vital cercana a cerrarse, para la cual no cabe esperar nuevos enriquecimientos o cambios de rumbo: la distancia (reconocida o no, pero ya imposible de acortar) entre proyectos y realizaciones contribuye a agregar claroscuros y matices al cuadro de una carrera.

José Victoriano Lastarria, el chileno, el neogranadino José María Samper y el mexicano Guillermo Prieto contemplan, en efecto, la etapa de definición de su figura pública bajo el signo del renacimiento liberal desde la perspectiva distanciadora que impone un cuarto de siglo y un balance más claro de los frutos del esfuerzo renovador en que todos ellos participaron, entre ellos Lastarria proporciona el menos desengañado; ha encontrado a su modo un nuevo hogar en una nueva comunidad de los letrados, que inspira y orienta las transformaciones a las que Hispanoamérica, pese a todas las rémoras de un pasado sombrío, no podrá sustraerse. El positivismo de Comte y la peculiar experiencia chilena dan el tono preciso a la imagen que Lastarria propone de sí mismo y su tarea en el mundo: a sostener el aparato institucional que da a esa comunidad letrada un lugar en la vida chilena consagra lo mejor de sus esfuerzos; aunque está justamente orgulloso de sus antepasados (y al más ilustre, el admirable funcionario regio Miguel Lastarria, autor de una perspicacísima descripción de las colonias orientales del Río de la Plata, consagrará un estudio extenso) se define en relación con un grupo consolidado por una coincidencia de vocación, antes que por la de origen familiar o social.

Esa adhesión de Lastarria a su trayectoria no ha sido conquistada, sin embargo, sin una lucha interior que sólo adivinamos a través de algunos relámpagos de mal humor o de melancolía. No era esa la carrera que Lastarria había encarado para sí mismo cuando organizó por primera vez un bloque independiente dentro de la cámara de diputados dominada por los conservadores. La comunidad letrada le ofrece un refugio para los desengaños de la política; su fe en el positivismo comteano le permite creer que al refugiarse en ella no renuncia a la eficacia histórica de su acción.

Esa alternativa no atrae ni a Samper ni a Pietro; la renovación cultural en que Lastarria ve el punto de partida necesario de otra más vasta no evoca en ellos eco alguno. Para ambos la historia de la empresa política que ha marcado sus vidas es la de un fracaso; la solidaridad con las ideas que los guiaron se ha aflojado considerablemente. Ello les devuelve a una conciencia más aguda de sus raíces históricas; para ambos el mundo prerrevolucionario se presenta con los caracteres de un paraíso perdido. Ambos son dos caballeros que han debido intentar una carrera pública y literaria en un mundo convulsionado por la revolución: la evocación de las amarguras vividas impulsa a Samper a un repudio de su pasada fe política, a Prieto a una zumbona negativa a tomar en serio cualquier fe polí-

tica; ambas reacciones, profundamente diferentes, se apoyan en juicios muy cercanos sobre los resultados de la victoria liberal.

Ni uno ni otro han intentado realizar en ese contexto nuevo el tipo del letrado colonial; tampoco intentan realizarlo en el ocaso de sus vidas. Pero no lo intentan porque saben demasiado bien que esa empresa es ya imposible. Su repulsión frente a su propio proyecto va más allá aún: éste ha sido una aventura sin sentido, porque el intelectual no tiene papel viable en la sociedad hispanoamericana del siglo XIX. Cuando contemplan su pasado les queda sin embargo la satisfacción de comprobar que no han abandonado las rigurosas pautas morales propias de hombres bien nacidos. Su título a la consideración pública no proviene de su pertenencia al sector intelectual de la élite, sino a esa élite misma, cuya eminencia —que la sociedad postrevolucionaria ignora a su propio riesgo— se traduce, más que en cualquier superioridad intelectual, en una más refinada conciencia moral; su lealtad a ella, tanto Samper como Prieto la han pagado al precio de lo que a los ojos del vulgo es su fracaso. Esa moraleja es insistentemente proclamada por Samper, insinuada con admirable destreza por Prieto, escritor más eficaz y menos dado a cultivar el estilo elevado, y observador por otra parte más lúcido de su realidad; aun cuando nos es propuesta con una sonrisa que oculta valientemente una íntima melancolía, repite en lo sustancial la que fray Servando había volcado en acusaciones cercanas al delirio. En suma, la crisis del antiguo orden hispanoamericano ha inaugurado tiempos muy duros para los hombres bien nacidos.

Exitosa o fracasada, la empresa de los intelectuales que acompañaron el renacimiento liberal había sido asumida bajo el signo de una separación y superioridad de destino apoyada en la participación en un mundo distinto y más alto que el de la realidad cotidiana, gobernada por fuerzas oscuras y sus oscuros servidores: es el mundo de las ideas, en que señorea la razón. Quienes ven retrospectivamente esa experiencia como un fracaso han implícitamente abandonado su identificación con ese mundo, y han buscado una fuente más antigua de legitimidad en su pertenencia al estamento más eminente dentro de la sociedad prerrevolucionaria.

Esas crisis de la fe en la razón como fuerza directriz del proceso histórico no era sólo un fenómeno hispanoamericano, y pronto iban a llegar a Hispanoamérica los ecos de la que, de modo aún más radical, estaba viviendo Europa. Ella iba a influir sobre el modo peculiar en que Hispanoamérica iba a vivir lo que, visto sobriamente, no era sino una etapa más en el proceso progresivo de diferenciación y especialización de actividades culturales: la tendencia a constituir a la literatura de intención artística como área separada de la publicística política y la indagación histórico-social. El escritor-artista surge como tipo ideal nuevo, aun cuando la dedicación exclusiva a la literatura así entendida es extremadamente difícil y escasamente frecuente. Pero, si el escritor sigue siendo periodista o funcionario, su figura pública no recoge necesariamente esas dimensiones de su actividad: el periodismo y la burocracia se transforman en la actividad privada

que sostiene a la figura propiamente pública de ese escritor de nuevo tipo.

En este aspecto la nueva alternativa ofrece una salida para un dilema que parecía no tenerlo. En los recuerdos de Guillermo Prieto lo que se nos da es la carrera de un periodista y funcionario a quien le ocurrió participar en su juventud en ciertas ideas y esperanzas y que conservó una tenaz afición a escribir para su placer; estas dos dimensiones de su personalidad no son las que dan sentido a su trayectoria, en favor de la cual sólo puede decirse que Prieto sobrevivió a medio siglo de tormentas para alcanzar una discreta medianía conservando su honor intacto.

Ahora el arte ofrece un refugio contra ese sinsentido. Pero ese refugio es también el reducto desde el cual el artista podrá proclamar sobre bases nuevas su supremacía. Aun Rubén Darío, cuya autobiografía entiende su función en la literatura con atractiva, y del todo atípica, modestia, como la de un artesano justamente orgulloso de su destreza y riqueza de invención, no renuncia al papel de vate de la estirpe: su intuición de poeta le ofrece acceso a una comprensión privilegiada del proceso histórico. Alarante la guerra que se viene, presagio de una nueva derrota de una Francia que frívolamente repudia su condición de primogénita de la Iglesia, desafío, en nombre de una Hispanoamérica, a Roosevelt, rudo representante de la otra América bárbara y violenta, o —cuando la guerra finalmente estalla— invocación a una América unida de norte a sur bajo el signo de la paz, lo que Darío ofrece puede ser la traducción en verso sonoro de los editoriales que ha leído esa mañana; esa operación dota a esos lugares comunes de una verdad y una profundidad nuevas, y ello no sólo a sus ojos, sino también a los de su público.

Y el artista no sólo tiene acceso privilegiado a las verdades últimas: su arte literario se prolonga en un arte de vivir; su conciencia estética lo orienta hacia un sistema de normas éticas diferente del que gobierna a la común humanidad. Las posibilidades que este punto de vista abre al escritor-artista (algunas bastante deplorables) se hacen evidentes a la lectura de la autobiografía de José Santos Chocano: consciente de que mucho de lo que contará acerca de sí mismo ha de chocar a la conciencia moral como al sentido común de sus lectores, anticipa toda objeción reiterando que por su parte ha procurado hacer de su vida una obra de arte, y pidiendo que se la juzgue como tal.

Así el servidor de la musa, como medio siglo antes el abanderado de la razón, ha construido un orden de vigencia sólo ideal, declaradamente independiente e implícitamente rival del que gobierna la sociedad de la que es parte. En esa problemática hazaña culmina la definición de un tercer tipo de intelectual, que completa el legado de la experiencia abierta con la crisis de emancipación a los intelectuales que en el siglo xx buscan hacerse una razón de su lugar y su función en la vida hispanoamericana.

Esos tipos son menos hispanoamericanos que occidentales ¿con su adopción como alternativas posibilidades ideales que los intelectuales intentan realizar pierde vigor la peculiaridad hispanoamericana, que aparecía tan

nítida al examinar las primeras etapas de la afirmación de ese nuevo tipo humano que era el intelectual en una Hispanoamérica en plena crisis del Antiguo Régimen? No necesariamente; cada vez que el examen de la realidad cultural hispanoamericana se centra en ideas, nociones y consideraciones ideales consideradas en sí mismas, esa peculiaridad parece esfumarse; cada vez que esas ideas, nociones y construcciones ideales son puestas en su contexto histórico —aunque más no sea el más inmediato, a saber, el de otras ideas simultáneamente vigentes en Hispanoamérica— esa peculiaridad vuelve a hacerse patente.

Así esté marcada por el intento de realizar tipos de vigencia más que hispanoamérica, la experiencia del intelectual hispanoamericano debe en suma su originalidad a la de la más amplia experiencia histórica de la que es parte. A lo largo del siglo xix, lo que ha hecho esa originalidad fue menos la definición de un tipo de intelectual que estos personajes intentaban realizar, y que implicaba a menudo la adopción de modelos ultramarinos (ser el abate Gregoire, el Turgot, el Tocqueville, el Lamartine de estas tierras inhóspitas no resume demasiado mal la ambición de Mier, de Belgrano, de Sarmiento, de Samper . . .), que la originalidad de la historia hispanoamericana misma, en el doble ciclo de emancipación y renacimiento liberal. Era esa historia, con sus esperanzas y sus decepciones, la que los había estimulado a definir, prospectiva o retrospectivamente, su papel en esos procesos que los excedían. Ello permite anticipar que, pese a que esos tipos ya no han de modificarse sustancialmente, en la elaboración que de ellos harán los intelectuales hispanoamericanos del siglo xx se reflejará, junto con la peculiaridad hispanoamericana, la de una época nueva, en que los dilemas ya columbrados en el siglo xix serán redefinidos con una inmediatez, una urgencia, una violencia que han de encontrar manera de dejar su sello a los más recientes exámenes de trayectorias de intelectuales en la tormenta.